

GRACIA DISTINTIVA

Volumen 1 – Sermón No. 262

Traducción: estudialapalabra.org

**SERMÓN PREDICADO LA MAÑANA DEL DOMINGO 6 DE FEBRERO DE 1859,
POR CHARLES HADDON SPURGEON,
EN NEW PARK STREET CHAPEL, SOUTHWARK**

*“Porque ¿quién te distingue?”
1Corintios 4:7*

O como está en el griego, "Porque ¿quién te distingue?" "¿Quién te hace distinguir y discriminar la misericordia?" "¿Quién te hace diferir de otro?" La soberbia es el pecado inherente al hombre y, sin embargo, es el más insensato de todos los pecados. Se podrían utilizar mil argumentos para mostrar su absurdo, pero ninguno de ellos sería suficiente para apagar su vitalidad. Está vivo en el corazón, y allí estará, hasta que muramos a este mundo y resucitemos sin mancha ni defecto.

Sin embargo, son muchas las flechas que pueden dispararse al corazón de nuestra jactancia. Tomemos, por ejemplo, el argumento de la creación, que ataca fuertemente nuestro orgullo. Hay una vasija en el torno del alfarero, ¿no sería absurdo que esa arcilla que el alfarero moldea se jactara de sí misma y dijera: "¡Qué bien he sido moldeada! Porque, oh trozo de arcilla, seas lo que seas, el alfarero te hizo, por muy elegantes que sean tus proporciones, por muy inigualable que sea tu simetría, la gloria se debe a quien te hizo, no a ti mismo, no eres más que la obra de sus manos.

Así pues, hablemos de nosotros mismos. Somos la cosa formada, ¿diremos de nosotros mismos que merecemos honor porque Dios nos ha formado de manera excelente y maravillosa? No, el hecho de nuestra creación debería apagar las chispas de nuestro orgullo. Al fin y al cabo, somos como saltamontes a sus ojos, como gotas de un cubo, como trozos de polvo animado, no somos más que los niños de un día cuando somos más viejos, no somos más que los insectos de una hora cuando somos más fuertes, no somos más que el potro de un asno salvaje cuando somos más sabios, no somos más que como la necedad y la vanidad cuando somos más excelentes; que eso tienda a humillarnos.

Pero seguramente, si estos argumentos no logran cortar las alas de nuestro elevado orgullo, el cristiano puede al menos atar sus alas con argumentos derivados del amor distintivo y de las misericordias peculiares de Dios. Esta pregunta debería ser como una daga puesta en la garganta de nuestra jactancia; "¿y qué tienes que no hayas recibido?"

Ahora nos esforzaremos, por un momento o dos, en sofocar nuestro orgullo observando en qué nos ha distinguido Dios y en qué nos ha hecho diferir, y luego notando que todo esto proviene de Él, y debería ser motivo de humillación y no de jactancia.

I. Muchos de nosotros diferimos de los demás en el trato providencial de Dios hacia nosotros.

Pensemos por un momento cuántos son los preciosos y queridos hijos de Dios, que en este momento están en las profundidades de la pobreza. No andan con pieles de oveja y de cabra, perseguidos, afligidos y atormentados, sino que tienen hambre, y nadie les da de comer; tienen sed, y nadie les da de beber, sus vidas se pierden en la pobreza y sus años en la angustia.

Hay algunos de los hijos de Dios que una vez estuvieron en la opulencia, pero que de repente se han visto sumidos en las más bajas profundidades de la penuria; sabían lo que era ser respetados entre los hijos de los hombres, pero ahora están entre los perros del rebaño, y nadie se preocupa por ellos. Hay algunos de los aquí presentes que tienen todo lo que el corazón puede desear, Dios nos ha dado alimento y vestido, las líneas nos han caído en lugares agradables, y tenemos una buena herencia.

Preguntemos con gratitud: "¿Quién nos hace diferir?". Recordemos que todo lo que tenemos es el regalo de Su providencia. No a vosotros, oh manos mías, sacrificaré porque habéis trabajado por el pan, no a vosotros, oh vuestros cerebros, ofreceré incienso porque has pensado en mi sustento diario, no a ti, oh labios míos, ofreceré mi adulación porque has sido el medio de proporcionarme palabras. No, a Dios, que da el poder de obtener, y de tener, y de disfrutar, a Él sea toda la alabanza por lo que ha hecho por nosotros. Que nunca cesen nuestros cánticos, pues su bondad es una corriente que siempre fluye.

Tal vez ninguno de nosotros pueda saber jamás, hasta que el gran día lo revele, cuánto han sido probados algunos de los siervos de Dios. Hasta el día de hoy tienen "peligros por tierra, y peligros por mar, y peligros por falsos hermanos", hasta esta hora son pellizcados por la necesidad, son abandonados por amigos, saben lo que significa el desaliento, y todo el mal que el abatimiento y la desilusión pueden traerles, se han sumergido en las más bajas profundidades del mar de la aflicción, y han caminado por muchas leguas sobre la arena caliente del desierto de la aflicción.

Y si Dios nos ha librado de estas cosas, y ha hecho nuestro camino más agradable, y nos ha conducido junto a las aguas tranquilas, y a los verdes pastos; si nos ha distinguido por los dones comunes de su providencia, por encima de muchos otros de sus hijos que son mucho mejores y mucho más santos que nosotros, ¿qué diremos?

No nos enalteceremos por encima de nuestros semejantes, no seremos altivos, sino que condescenderemos con los hombres de baja condición; no alzaremos la cerviz con los soberbios, sino que inclinaremos la frente con los humildes; todos los hombres serán llamados nuestros hermanos, no sólo los que se visten con buenas ropas, sino los que se visten con los trajes del trabajo, serán confesados como nuestros parientes, nacidos del mismo tronco, porque ¿qué tenemos que no hayamos recibido, y qué nos hace diferir de otro?

Desearía que algunos de los señores de cuello rígido de nuestras iglesias recordaran esto a veces. Su condición es suave como el aceite y tan blanda como el plumón, pero sus corazones son tan altos como los álamos y sus modales tan rígidos como las estacas de los setos. Ha habido muchos que harían bien si aprendieran que no tienen nada más que lo que Dios les ha dado. Y cuanto más les ha dado Dios, más endeudados están.

¿Por qué ha de presumir un hombre de estar más endeudado que otro? ¿Acaso los deudores del Queen's Bench se dicen unos a otros: "Tú sólo tienes cien libras de deuda, y yo mil, por lo que soy más caballero que tú"? Creo que no. Pero, sin embargo, si lo hicieran, serían tan sabios como los hombres que se jactan más que sus semejantes porque resulta que tienen más rango, riqueza, honor y posición, en este mundo. "¿Quién te hace diferir de otro? ¿Y qué tienes que no hayas recibido?"

Pero la mejor manera de sentir esta parte del discurso es ir mañana a un hospital, y caminar por las salas y ver cómo sufren los cuerpos de los pobres, y luego ir a la sala de operaciones y ver lo que la carne y la sangre pueden tener que soportar. Luego, cuando hayas terminado, recorre el vecindario para ver a los enfermos que han permanecido durante diez, o doce, o quince años en la misma cama, y después ve a visitar a algunos de los niños pobres de Dios que sólo existen en este mundo, y no es más que una existencia escasa, mantenida con pan y mantequilla y un poco de té, y muy poco incluso de esas cosas. Vayan y vean sus pobres y miserables habitaciones sin muebles, sus sótanos y sus áticos, y eso será un mejor sermón para ustedes que cualquier cosa que yo pueda decir.

Volverás a casa y dirás: "Oh, Dios mío, te bendigo por tu bondad hacia mí. Estas misericordias temporales en las que antes pensaba tan poco, debo bendecirte de corazón. Debo agradecerte por lo que me has dado, y lo atribuiré todo a Tu amor, pues Tú me haces diferir. No tengo nada que no haya recibido".

II. Pero este no es el punto más importante que debemos observar. Ahora vamos a ver, no los asuntos de la providencia, sino las cosas de la gracia de Dios.

Aquí es donde nosotros, que ahora estamos reunidos como iglesia, tenemos más razones para bendecir a Dios y decir: "¿Quién nos hace diferir de los demás?" Tomen, mis queridos amigos, en el ojo de su mente los casos de los descuidados, los endurecidos y los irreflexivos, incluso de esta congregación actual. Al lado de ustedes, mis hermanos, puede estar sentado un hombre, una mujer, que está muerto en delitos y pecados. Para ellos, la música del Evangelio es como un canto para un oído muerto, y la caída de la Palabra es como el rocío sobre una roca.

Hay muchos en esta congregación cuya posición en la sociedad, y cuyo carácter moral son extremadamente excelentes, y sin embargo ante Dios su estado es horrible. Asisten a la casa de Dios tan regularmente como nosotros. Cantan como nosotros cantamos, se sientan como nosotros nos sentamos, y van y vienen como nosotros, y, sin embargo, están sin Dios y sin esperanza en el mundo: extraños a la comunidad de Israel, y extranjeros al pacto de la promesa.

Sin embargo, ¿qué es lo que nos hace diferir? ¿Por qué hoy no estoy sentado como un oyente insensible, endurecido bajo el Evangelio? ¿Por qué no estoy en esta misma hora escuchando la Palabra con mi oído externo, pero rechazándola en mi corazón interno? ¿Por qué no se me ha permitido rechazar la invitación de Cristo para despreciar Su gracia, para seguir, domingo tras domingo, oyendo la Palabra y, sin embargo, ser como la víbora sorda a ella?

Oh, ¿me he hecho diferir? Dios no permita que un pensamiento tan orgulloso y blasfemo contamine nuestros corazones. No, amado...

***"Fue el mismo amor que extendió el festín,
el que nos obligó dulcemente a entrar;
Si no, aún nos habiéramos negado a probar,
y perecido en nuestro pecado".***

La única razón, hermano mío, por la que eres en este momento un heredero de Dios, un coheredero con Cristo, un partícipe de la dulce comunión con Jesús, un heredero del reino de los cielos, es porque ÉL te ha hecho diferente. Fuiste un heredero de la ira, al igual que otros, nacido en el pecado y formado en la iniquidad. Por tanto, debes dar toda la gloria a Su santo nombre y clamar: "No a nosotros, no a nosotros, sino a tu nombre sea toda la alabanza". Incluso este pensamiento, cuando sea completamente masticado y digerido, podría alimentar nuestra gratitud y hacer que nos inclinemos humildemente ante el escabel del trono de Dios con una alegre acción de gracias.

III. Sin embargo, ¿podría pensar en otros casos?

¿Quién te hace diferir de otros de esta asamblea que están más endurecidos que aquellos a los que hemos aludido? Hay algunos hombres y mujeres cuya salvación, si fuera obrada por el hombre, deberíamos desesperar por completo, pues sus corazones son más duros que el acero más tenaz. El martillo de la Palabra no hace ninguna impresión en tales almas. Los truenos de la ley ruedan sobre sus cabezas, pero pueden dormir en medio del tumulto; los relámpagos del Sinaí destellan contra sus corazones, pero incluso esas poderosas llamas parecen retroceder ante el ataque.

¿Acaso no los conoces? Son tus propios hijos, tu esposo, tu esposa, algunos de tu propia familia, y cuando los miras, aunque has anhelado, orado y llorado, y suspirado por sus almas, te ves obligado a decir en tu corazón: "medio temo que nunca los veré convertidos". Dices con tristeza: "Oh, si se salvan, será una maravilla de la gracia divina. Seguramente nunca entregarán sus almas a Dios. Parecen tan insensibles como si su conciencia estuviera cauterizada con un hierro candente, parecen tener el sello de la condenación en su frente, como si estuvieran marcados y sellados, y tuvieran las arras de la fosa en sus corazones antes de llegar allí."

Ay, pero detente: "¿Quién te hace diferir?" ¿Por qué no estoy hoy entre los hombres más endurecidos? ¿Cómo es que mi corazón se derrite de tal manera que puedo llorar al recordar el sufrimiento del Redentor? ¿Cómo es que mi conciencia es tierna, y que un sermón inquisitivo me lleva al autoexamen? ¿Cómo es que sé orar y gemir ante Dios a causa del pecado? ¿Qué ha sacado el agua de estos ojos, sino el mismo poder que sacó el agua de la roca? ¿Y qué ha dado vida a mi corazón, sino la misma Omnipotencia que esparció el maná en el desierto hambriento? Si no fuera por la gracia divina, nuestros corazones seguirían siendo como las fieras del bosque.

Les ruego, mis queridos amigos, que cada vez que vean a un pecador endurecido, digan en su interior: "Ahí está la imagen de lo que debería haber sido, de lo que debería haber sido, si el amor todo lo subyuga y todo lo vence, no había derretido y santificado mi corazón". Tomad, pues, estos dos casos, y tendréis, bien lo sabe el cielo, razón suficiente para cantar a la alabanza de la gracia soberana.

IV. Pero ahora otra, la clase más baja de pecadores no se mezcla con nuestras congregaciones, sino que se ven en nuestras calles y callejones, y a veces en nuestras carreteras.

¡Qué espantoso es el pecado de la embriaguez, que degrada al hombre hasta convertirlo en una bestia, que lo hunde más abajo que los propios brutos! ¡Qué vergonzosa es la iniquidad de la blasfemia, que, sin ningún objeto ni posibilidad de beneficio, trae una maldición sobre

su propia cabeza! Cuán espantosos son los caminos del infeliz lascivo que arruina el cuerpo y el alma a la vez, y no contento con su propia destrucción arruina a otros con él. Los casos que llegan a nuestra observación en los periódicos y que nos asaltan en nuestra observación y audición diarias son demasiado viles para ser contados. ¿Cuántas veces se nos hiela la sangre con el sonido de una imprecación, y cuán frecuentemente se nos hace palpar el corazón con las atrevidas impiedades de los blasfemos?

Ahora detengámonos: "¿Quién te hace diferir?". Recordemos que, si vivimos muy cerca de Cristo, habríamos vivido igual de cerca del infierno si no fuera por la gracia salvadora. Algunos de ustedes aquí presentes son testigos especiales de esta gracia, pues ustedes mismos han experimentado la redención de estas iniquidades.

Miren hacia atrás unos cuatro años con algunos de ustedes y recuerden cuán diferente era su entorno entonces al que es ahora. Tal vez hace cuatro años estabas en la taberna cantando la canción del borracho tan fácilmente como cualquiera, pero hace poco tiempo maldecías a ese Salvador a quien ahora amas. Sólo unos pocos meses han pasado por tu cabeza desde que corriste con la multitud para hacer el mal, pero ahora, "¿Quién te hace diferir? ¿Quién ha obrado este milagro de la gracia? ¿Quién te ha conducido al taburete del penitente y a la mesa de la comunión, quién lo ha hecho?"

Amados, ustedes no tardan en responder, pues el veredicto de su corazón es indiviso, no dan la gloria en parte al hombre y en parte a Dios. No, ustedes claman con fuerza en sus corazones: "Bendito sea el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su abundante misericordia nos ha vuelto a engendrar para una esperanza viva por la resurrección de Jesucristo de entre los muertos". Estáis lavados, estáis santificados, y habéis sido lavados en la sangre del Redentor, y santificados con el Espíritu. Se os ha hecho diferir y lo confesaréis, se os ha hecho diferir por la gracia distintiva y sólo por la gracia distintiva.

¿Y qué nos preserva a los demás de ser lo que estos mis hermanos reclamados fueron una vez, y en lo que se convertirán de nuevo a menos que la gracia salvadora los guarde? ¿Qué preserva al predicador hoy en día de ser un conferenciante para los infieles, deshonrando la gracia de Dios que ahora se gloria de magnificar? ¿Qué impide al diácono ser un asistente en los tribunales de Satanás? ¿Qué impide que los que abren las puertas en la casa de nuestro Dios, y que le sirven en el día de reposo, sean porteros en las tiendas de los hijos de Belial? Pues nada, ellos han estado allí a menos que la gracia se los haya impedido. La gracia lo ha hecho y nada más.

Cuando nos cruzamos con una prostituta en la calle, decimos: "¡Oh, pobre criatura! Puedo compadecerme de ti. No tengo una palabra dura para ti, pues yo había sido como tú si Dios no me hubiera preservado". Y cuando veas al borracho tambaleante, no te apresures a

condenar, recuerda que tú habrías sido como una bestia ante Dios si el Señor no te hubiera preservado, y cuando oigas el juramento y te estremizas ante él, no imagines que eres superior en ti mismo al hombre que maldice a Dios, pues tal vez tú también lo maldijiste alguna vez, y ciertamente lo habrías hecho si el Espíritu Santo no te hubiera santificado e implantado en ti un odio hacia aquello que los impíos siguen con tanta avidez.

¿Ha visto a un hombre colgado por asesinato? ¿Has visto a otro transportado por el más infame de los crímenes? Si oyes hablar de alguien que peca contra la sociedad tan vilmente que la humanidad lo excomulga, haz una pausa y di: "¡Oh! pero yo habría caído tan bajo como él, habría sido tan negro como él, a no ser que la gracia restrictiva me hubiera retenido en mi falta de regeneración, y a no ser que la gracia restrictiva me hubiera empujado hacia adelante en la carrera celestial desde que he conocido la voluntad de Jesús".

V.Y ahora nos detendremos de nuevo y pensaremos en otro mal que nos mira a la cara en relación con cada iglesia.

Hay casos muy melancólicos de reincidencia en una iglesia tan grande como ésta. A menudo nos vemos obligados a descubrir el carácter de hombres y mujeres que una vez parecieron justos para el cielo, pero que manifestaron que nunca tuvieron la raíz del asunto en ellos. Oh, bien dijo el poeta...

***"Cuando alguno se aparta del camino de Sión,
¡Ay! ¡lo que los números hacen!"***

Ninguna prueba es mayor para el verdadero ministro que la apostasía de su rebaño. Toda la furia de los hombres es incapaz de hacernos llorar, pero esto lo ha hecho. Ay, cuando los que he amado se han apartado del camino de Dios, cuando los que se han sentado con nosotros en la misma mesa, y se han unido a nosotros en la comunión de la iglesia, se han alejado de nosotros y han traído deshonor a la iglesia, y al nombre de Cristo, ha habido aflicción en lo más íntimo de mi espíritu.

A veces hay casos tan evidentes como dolorosos, y tan viles como penosos. Algunos de los que una vez estuvieron en medio del santuario de Dios, se han convertido en borrachos y puteros, y sólo Dios en el cielo sabe qué. Han pecado contra todo lo que es aparente, así como contra todo lo que es santo.

Al recordarlos, nuestros ojos se llenan de lágrimas. "Oh, que nuestra cabeza fuera aguas, y nuestros ojos fuentes de lágrimas, para llorar día y noche por los muertos de la hija de nuestro pueblo". No hay creadores de maldades tan poderosos como los desertores. Ninguno causa tanta agonía como los que han anidado bajo nuestras alas, y luego han volado para alimentarse con los buitres carroñeros de los cadáveres pútridos de la lujuria y el pecado.

Pero ahora hagamos una pausa. ¿Cómo es que el ministro no ha abandonado su profesión, y ha vuelto como el perro a su vómito, y como la cerda lavada a revolcarse en el fango? ¿Cómo es que los diáconos de esta iglesia no se han desviado hacia caminos torcidos, y han negado la fe, y se han vuelto peores que los infieles? ¿Cómo es que tantos miembros de esta iglesia han sido guardados para que el inicuo no los toque?

¡Oh, amado! Puedo decir por mí mismo que soy un continuo milagro de la gracia divina. Si me dejas, Señor, por un momento, estoy completamente deshecho.

***"¡Dejarme, oh, no me dejes solo!
apóyame y consuélame".***

Si Abraham es abandonado por su Dios, se equivoca y niega a su esposa. Si Noé es abandonado, se convierte en un borracho y se desnuda para su vergüenza. Que Lot sea abandonado por un tiempo, y se llene de vino, se deleita en abrazos incestuosos, y el fruto de su cuerpo se convierte en un testimonio de su desgracia. No, dejemos a David, el hombre según el corazón de Dios, y la esposa de Urías pronto mostrará al mundo que el hombre según el corazón de Dios tiene todavía un corazón malo de incredulidad al apartarse del Dios vivo. Oh, bien lo dice el poeta...

***"Me parece que oigo al Salvador decir:
¿también me abandonarás?"***

Y ahora dejemos que nuestra conciencia responda...

***"¡Ah, Señor! con un corazón como el mío,
a menos que me sujetes,
Siento que declinaré,
y probaré como ellos al final".***

Oh, no tengas una confianza precipitada en ti mismo, hombre cristiano. Ten toda la confianza que puedas en tu Dios, pero desconfía de ti mismo. Todavía puedes convertirte en todo lo que es vil y vicioso, a menos que la gracia soberana lo impida y te guarde hasta el final. Pero recuerda que, si has sido preservado, la corona de tu custodia pertenece al Pastor de Israel, y tú sabes quién es. Porque Él ha dicho: "Yo, el Señor, la guardo. La regaré cada momento; para que nadie la dañe, la guardaré de noche y de día". "Vosotros sabéis quién es capaz de guardaros para que no caigáis, y de presentaros sin mancha ante su presencia con un gozo extraordinariamente grande". Entonces da toda la gloria al Rey inmortal, invisible, al único Dios sabio tu Salvador, que te ha guardado así.

VI. Permítanme un contraste más, una vez más dejen que su gratitud me acompañe.

Desde que tú y yo nos unimos a la Iglesia, cuántos que antes eran nuestros compañeros se han condenado mientras nosotros nos hemos salvado, cuántos que no eran peores que nosotros por naturaleza se han hundido en el pozo más bajo del infierno. Concibe sus indecibles tormentos, imagina sus inconcebibles males, describe ante los ojos de tu fantasía sus indescriptibles agonías.

Desciende en espíritu por un momento a las puertas del fuego, entra en la morada de la desesperación donde la justicia reina suprema en su trono de hierro, pasa por la lúgubre celda de los condenados eternamente. Contempla el retorcimiento de ese gusano que nunca muere, y los corazones sangrantes que son aplastados entre sus bobinas. Mirad esa llama inextinguible y contemplad las almas que se están sofocando allí en tormentos desconocidos para nosotros, y mirad si podéis mirar, pero no podéis mirar, pues vuestros ojos se quedarían ciegos si pudierais ver sus tormentos. Tu cabello debería palidecer con sólo un momento de esa horrible exhibición.

Ah, mientras te paras a pensar en esa región de muerte, desesperación y condenación, recuerda que habrías estado allí si no hubiera sido por la gracia soberana. Tienes un arpa preparada para ti en el cielo, una corona preparada para ti cuando hayas terminado tu curso. Tienes una mansión, una casa no hecha con manos, eterna en los cielos. Oh, por qué no eres ya un demonio, quién es el que te ha dado una buena esperanza por la gracia de que nunca entrarás en ese lugar de tormento. Cuéntalo en todo el mundo. Díganlo en el tiempo y en la eternidad, la libre gracia lo ha hecho. La libre gracia lo ha hecho desde el primero hasta el último.

Yo era un tizón en el fuego, pero Él me arrancó de la hoguera, me apagó con Su sangre, y ahora declara que estaré con Él para siempre en el cielo. Pero, ¡oh! hagan una pausa, hermanos, y piensen que algunos de sus antiguos compañeros de olla, algunos de los compañeros de sus juergas y desenfrenos, están ahora en el infierno, y ustedes no están allí, y por la gracia de Dios nunca estarán allí. Oh, ¿por qué es esto, por qué es esto? Bendito sea el Señor, mi Dios, desde ahora y para siempre. Alabad su nombre. La gracia lo ha hecho. La gracia lo ha hecho todo.

No, nunca llevaré la cadena, nunca me colgarán en ese potro, ni sentiré ese fuego...

***"Pero veré su rostro, y nunca, nunca pecaré,
sino de los ríos de Su gracia beben placeres sin fin".***

Pero proclamo con toda confianza que la razón por la que escaparé y seré glorificado, no

se encuentra en mí, sino en Él. Él me ha hecho diferir. No tengo nada más que lo que he recibido.

Ahora bien, ¿qué debemos decir a estas cosas? Si Dios te ha hecho diferir, la primera oración que deberíamos pronunciar ahora debería ser: "Señor, humíllanos. Quitá de nosotros el orgullo. Oh, Dios, perdónanos, que bestias como nosotros sean orgullosas". Podríamos haber estado con nuestro padre el diablo en esta misma hora, si no hubiera sido por el amor divino. Y si ahora estamos en la casa de nuestro Padre que está en los cielos, ¿seremos orgullosos? ¡Anda, monstruo! Vete a vivir con el fariseo. La soberbia le sienta bien al hombre que en su propia estima ha sido siempre virtuoso. Vete a vivir con el que ha tenido buenas obras desde el primer día hasta ahora, pero lejos de mí.

"Yo soy el principal de los pecadores"

y salvado por la gracia soberana estaré orgulloso. ¡No es apropiado que vivas en mi corazón, monstruo! ¡Vete! ¡Vete! Encuentra una morada más adecuada que mi alma. ¿Debería ser orgulloso después de tal misericordia, después de tal mal merecimiento, pero tal recepción de Dios? ¡Vete, orgullo! Vete.

Otra lección, si sólo Dios nos ha hecho diferir, ¿por qué no puede hacer que otros difieran también? "Después de que el Señor me salvó", dijo uno, "nunca desesperé de nadie", y que cada uno de nosotros lo diga también. Si tú fuiste traído, ¿por qué no otro? ¿Dejarás alguna vez de orar por alguien ahora que eres salvo?

Una vez escuché a uno decir con relación a su hija: "creo que debo entregarla, difícilmente puedo pensar que se convierta alguna vez". Pues tú mismo has sido perdonado, y si el Señor puede hacer eso, puede hacer cualquier cosa. Estoy seguro de que, si el Señor me ha traído a Sus pies, no queda en el mundo un caso que pueda igualar al mío, si me ha llevado a recibir Su gracia gratuita, Su amor soberano, Su preciosa sangre, y me ha hecho amarlo, entonces no puede haber nada demasiado difícil para Él. Oh, Señor, si Tú has derretido este corazón de metal, y has disuelto esta alma de piedra, Tú puedes romper cualquier cosa. Si has roto el hierro del norte y el acero, ¿qué queda más allá de Tu poder?

Vuelve entonces, cristiano, armado con este hecho, que Dios, que te ha hecho diferir, puede hacer diferir a cualquiera. No puede haber ningún caso más allá de Su fuerza, si te hizo entrar a ti, puede hacer entrar a todos. Si Él sólo extiende Su mano, ningún hombre necesita desesperar. Por lo tanto, "Por la mañana siembra tu semilla, y por la tarde no retengas tu mano; porque no sabes si prosperará esto o aquello, o si ambos serán igualmente buenos."

De nuevo, ¿quién me ha hecho diferir? ¿Lo ha hecho mi Señor? Entonces déjame servirle

más que a los demás. Hubo una pregunta formulada una vez por nuestro Salvador: "¿Qué hacéis vosotros más que los demás?". Esa pregunta bien podría hacerse a cada hijo de Dios aquí presente. Mis queridos amigos, no debemos contentarnos con hacer tanto como los demás, de hecho, nunca debemos contentarnos con nuestras acciones, sino que siempre debemos tratar de hacer más por Aquel que ha hecho tanto por nosotros. Si yo diera mi cuerpo para ser quemado, mi carne en pedazos al cuchillo, mis nervios al potro de tortura, y mi corazón a la lanza, no le daría a Él todo lo que merece. No, si tuviera que pasar por los horrores del martirio, no sería más que un pobre tributo a un amor tan asombroso, tan divino.

¿Qué hacéis mis amigos, qué hacéis mis hermanos por Cristo? Pero no os culparé, me censuro a mí mismo si os censuro a vosotros, pero confesaré mis propias iniquidades y os dejaré confesar las vuestras. Trato de servir a mi Maestro, pero no le sirvo como quisiera. Cada acto que realizo está estropeado, ya sea por la falta de oración para que sea bendecido, por la falta de fe en mi Señor, o por el orgullo al mirar hacia atrás.

Encuentro continuamente una tendencia a servirme a mí mismo en lugar de servir a Cristo, un anhelo constante de terminar el trabajo en lugar de hacerlo aceptablemente. Y, ¡oh! cuando pienso en todo, debo decir que soy un siervo inútil. Ten misericordia, oh bondadoso Señor, tanto de mis buenas obras como de las malas, pues mis buenas obras no son sino malas en el mejor de los casos y no pueden ser aceptables en sí mismas.

Estoy seguro de que algunos de ustedes tienen más necesidad de decirlo que yo. Dejemos de presumir más. Sé que hay algunos aquí que no están sirviendo a Cristo, algunos miembros en esta iglesia no están haciendo nada. No han pensado en hacer nada por Cristo, ¿verdad? ¿Pagáis vuestras suscripciones regulares, hacéis lo que se os dice que hagáis, pero dais a Cristo secretamente? ¿dedicáis vuestros bienes a Él cuando nadie lo sabe? ¿dedicáis vuestro tiempo a Él? ¿habéis elegido una esfera, y habéis dicho: "Esta es mi obra, y por la gracia de Dios la haré"?

Oh, no pueden imaginarse cuánto hay que hacer, y cuán pocos hay para hacerlo. Ojalá pudiera tener una iglesia toda viva, toda activa, de modo que nunca hubiera una carencia, sino que los que tienen estuvieran listos para suplirla, y nunca una obra, sino que los que están calificados estuvieran listos para realizarla. No teman que haya muchos y no pocos para ayudar a su realización.

Oh, si tuviéramos el buen espíritu de la antigua iglesia, el espíritu de propagar nuestro cristianismo por todas partes. Es necesario que en muchos de los suburbios de Londres surjan nuevas iglesias evangélicas. Puedo señalar muchos lugares en mi propia vecindad, siete u ocho, nueve o diez seguidos, donde se necesita una capilla. En cada lugar hay creyentes que viven, que no piensan en unirse para establecer una nueva, pero mientras se satisfagan sus

necesidades peculiares, viajando tal vez muy lejos, se olvidan de los cientos y miles de personas que presionan a su alrededor. Hay mucho que hacer y muy poco tiempo para hacerlo.

Unas pocas semanas, y aquellos de nosotros que hemos sido amados más que otros, aquellos que hemos pensado que podíamos lavar los pies de Cristo con nuestras lágrimas, y enjuagarlos con los cabellos de nuestra cabeza, no tendremos más oportunidades de difundir el nombre y la fama de nuestro glorioso Redentor. Demos de nuestra sustancia a Su causa, demos de nuestro tiempo a Su servicio y tengamos nuestros corazones en Su amor, y así seremos bendecidos, pues al devolver el amor de Cristo sentiremos que Su amor se derrama más plenamente en nuestros corazones y más plenamente en nuestros entendimientos.

Que el Espíritu Santo añada su bendición sobre estas palabras rotas, han sido rotas porque han roto mi corazón, y por lo tanto no he podido evitar que salgan de forma rota. Que Dios las acepte, y queridos hermanos y hermanas, que Él las bendiga ayudándoles a amar más a Él, que es mi esperanza, mi alegría, mi consuelo y mi todo.

EstudiaLaPalabra.org